



Víctor Andrés Belaunde

VICTOR ANDRES BELAUNDE
(1883 - 1966)

Por Oscar Miró Quesada

(Discurso pronunciado por el Académico de Número Don Oscar Miró Quesada en el sepelio de los restos del Director de nuestra corporación Don Víctor Andrés Belaúnde).

Al organizar la ceremonia del entierro de Víctor Andrés Belaunde, rindiéndole póstumo homenaje, el Ministerio de Relaciones Exteriores dispuso que todas las Academias peruanas tuvieran una sola voz y que esa voz fuera la mía. La elección no se debe a ningún mérito intrínseco de quien en estos tristes momentos hace uso de la palabra, sino al notorio hecho de su amistad fraterna, por más de 60 años, con el ilustre desaparecido. Este título humano para actuar en las presentes circunstancias es, en verdad, legítimo y lo reclamo con orgullo porque fue excepcional privilegio ser amigo sincero y permanente de hombre semejante.

La obra de Víctor Andrés Belaunde es tan vasta y de tan variada condición que resulta tarea imposible analizarla en su integralidad. La magnitud de la labor sobrepasa los límites de un discurso necrológico, entre muchos, requiriendo la copiosa exposición de un ensayo. Valga la

deficiencia obligada de mis palabras de disculpa a la parquedad de mi homenaje.

Víctor Andrés Belaunde, hijo de Mariano Belaunde, y Mercedes Diez Canseco, nació en la ciudad del Misti en 1883. Desde niño admiraba por su inteligencia precoz. A los 17 años ingresa a la universidad de Arequipa y posteriormente a la de San Marcos en Lima. Ha desempeñado siendo joven puestos de importancia y responsabilidad en el Ministerio de Relaciones Exteriores, y misiones especiales como representante del Perú. Recordamos el caso de la disputa fronteriza con Bolivia que llevó a buen término, y el grave incidente de Leticia donde, orillando con patriotismo y talento las espinosas dificultades, logró la mejor solución posible. Ha sido Ministro de nuestro país y Embajador en el extranjero en repetidas oportunidades. La muerte lo sorprende como Embajador en la ONU en pleno triunfo de su carrera diplomática.

La mentalidad excepcional de Belaunde y su vasta cultura, lo capacitaron para actuar, brillantemente, en diversos aspectos de la actividad humana: en la diplomacia, en la enseñanza, en la política, en el periodismo, en la literatura, en la filosofía y en la vida práctica. Su actuación en la Organización de las Naciones Unidas fue siempre notoria destacándose por su tino, su equidad y el hallazgo de justas soluciones en complejas controversias cargadas de inicial hostilidad. Perteneció a la ONU desde su origen, contribuyendo a su creación. Casi no hay problema surgido en las Naciones Unidas en el que no haya intervenido Belaunde; entre ellos se destacan tres fundamentales; sus esfuerzos por lograr que la ONU se formara como una organización ecuménica sin diferencias jerárquicas en su seno, reconociéndose la igualdad jurídica de los Estados, y que el carácter universal de la ONU no interfiriera en la subsistencia plena del sistema regional americano. Y cuanto se ha logrado en estos tres aspectos básicos del funciona-

miento de la Organización de las Naciones Unidas se debe, en buena parte, a Belaunde.

Enérgico en los debates defendiendo la justicia y la paz en el mundo; sin temor ni claudicaciones, supo convenecer sin herir, y su capacidad y tolerancia le conquistaron el respeto y la deferencia de los miembros de la Organización mundial. Refiriéndose a esas circunstancias extraordinarias de la actuación de Belaunde una escritora norteamericana, Gertrude Samuels, publicó un artículo en el New York Times, llamándolo "Delegado sin enemigos en la ONU", y los periodistas judíos lo denominaron Maggid, palabra del folklore israelita que significa: viajero predicador, sabio y humano; hábil narrador de historias que va de pueblo en pueblo deslumbrando a las gentes con su oratoria y exhortándolos a ser buenos, creyentes y temerosos de Dios".

Víctor Andrés Belaunde fue Presidente de la ONU en el año de 1959, cargo que desempeñó con el tino y lucidez que le eran característicos. Su actuación en esa oportunidad fue de tal naturaleza que sus triunfos dieron honra y gloria al Perú.

Pero sus triunfos como diplomático, con ser muchos, no fueron óbice a la circulación de sus libros por el ámbito del territorio nacional, difundiendo la sana influencia de sus ideas de bien, ni impidieron que se oyeran sus voces admonitorias censurando defectos de nuestra colectividad que precisaba corregir.

Como escritor fue fecundo. Entre sus principales libros figuran:

"La Crisis Presente"; *"Meditaciones Peruanas"*; *"La Síntesis Viviente"*; *"La Realidad Nacional"*; *"La Constitución Inicial del Perú"*; *"Nuestra Cuestión con Chile"*; *"Bolívar"*; *"La Filosofía del Derecho y el método positivo"*; *"El Cristo de la Fe y los Cristos Literarios"*, *"Peruanidad"*.

Su mentalidad con horizonte de proyección al infinito, era bipolar: idealismo filosófico y peruanidad, ambas orien-

taciones ponen el sello de su importancia en todos sus escritos. Pero ¿cuál fue su filosofía idealista?, y ¿cómo llegó a ellas?

Belaunde fue liberal, en sus mocedades; en la madurez encontró la fe, y en plenitud de convicción la sostuvo, con la lúcida fogosidad de su mente de privilegio, en conferencias, discursos y libros. A semejanza de Pascal lo atormentó la duda y las circunstancias de la vida, interpretadas en meditaciones profundas, serenaron su alma con el bálsamo divino de la creencia. El mismo narra su conversión en lo que escribiera al regreso del destierro que la tiranía le impuso por su valerosa defensa de la libertad de pensamiento y del libre juego de las instituciones democráticas, en tiempos de sumisión al tirano como garantía de subsistencia. Escribió así:

“Recuerdo mi exilio sin asomo de rencor y diría hasta con gratitud. Mi alma demasiado gregaria necesitaba de la soledad y del dolor para encontrar a Dios. Alejado materialmente de mi patria, me así con ansia dolorosa a su espíritu y a la luz de la fe recuperada fui descubriendo sus más hondas y bellas esencias. Y fue entonces el llamado invencible de la vocación definitiva: vivir más mi fe y amar más mi patria”.

En esa conmovedora y bella confesión de Belaunde de su reencuentro con Dios, fulgen expresadas con ternura las dos características fundamentales de su conducta en la vida: su religiosidad y su peruanidad.

De sufrir Belaunde sólo la influencia de Pascal, su filosofía habría sido la visión del naufrago en espera del socorro que no llega jamás. El tormento espiritual en este caso fuera el signo de su agitada vida interior. Pero la mente de Belaunde también aplicaba su comprensión a obras de otro filósofo cumbre: Espinosa, que al desequilibrio aními-

co atormentado de Pascal opone la serenidad cósmica de un panteísmo básico. Ambas influencias filosóficas luchaban en la mente de Belaunde; la primera con su urgencia de hallar la tranquilidad; la segunda con su deficiencia explicativa que requiere otro concepto del universo y de su creador. La armonía de ambas tensiones psíquicas estaba, de antaño, en San Agustín. En la filosofía del obispo de Hipona, surge la luz del acuerdo para Belaunde, que prepara su inminente y fecundo reencuentro con el Supremo Hacedor. San Agustín llega a Dios a través de la duda porque sabe que en la misma duda alienta la idea del Creador. El incrédulo no duda: es un dogmático de la negación. Belaunde no fue nunca incrédulo; el fondo místico de su alma no propiciaba esa negativa solución, pero su trayectoria juvenil de inquieta expectativa, dejó en su espíritu la tolerancia para comprender la duda de los demás y corregir los errores de los extraviados sin humillarlos con el triunfo de su superioridad.

Instalado en su nueva doctrina de fundamento cristiano y de fe religiosa irradia Belaunde en su contorno sus nobles arrestos de humanista. La organización actual de la sociedad conserva muchas injusticias que es necesario suprimir, pero la transformación económica y social ha de lograrse pacíficamente con la cruz de Cristo y no con la espada de la violencia. De allí su antimarxismo radical: el odio no reivindica al hombre, lo sume en lucha fratricida, y el comunismo es discriminación bélica entre hermanos.

Hay obras de Belaunde fundamentales para el conocimiento de los derechos del Perú y de su soberanía como nación, tal la "*Constitución Inicial del Perú ante el Derecho Internacional*". En ella el estudio histórico de la formación de nuestra patria lleva a conclusiones irrefutables sobre nuestros límites nacionales. Nada se ha escrito de mayor validez como refutación a las algarabías que, de tiempo en tiempo, surgen en el Ecuador, tratando de crear en for-

ma arbitraria y artificiosa un problema de límites que no existe. Esta sola obra bastaría para acreditar a Belaunde como ciudadano eminente del Perú.

En sus últimos años había hallado un nombre para su filosofía: la titulaba la síntesis viviente, que no era el acomodo mecánico de elementos dispares, sino la subsunción que hace entrar los casos particulares en una ley general. A semejanza del espíritu objetivo hegeliano, la síntesis viviente es el espíritu imponiendo su fuerza animadora y conexional a cuanto nos rodea en el mundo de la materia y de los seres humanos. Es el triunfo del idealismo creador.

Pero a sus muchos méritos de escritor, de pensador, de diplomático y de maestro, se suma en Belaunde la belleza y profundidad de su oratoria. Fue un orador incomparable en el Perú. La vibración de su temperamento y la plenitud de su personalidad trascendían en su verbo. En cualquier momento, en la más inesperada circunstancia, en toda ocasión, supo improvisar discursos de forma elegante y de fondo ideológico oportuno. Hablando era un torrente persuasivo con entonaciones de elocuencia sustancial. Todo influía en su buen éxito; su estatura; sus ademanes inspirados en lo que iba diciendo, subrayando las frases con la ortografía del gesto.

Entre sus múltiples méritos figuraba, aún, otro más: era un promotor de la cultura. Siempre ayudando a quienes anhelaban perfeccionar la mente por el camino del saber. Tuve el privilegio de acompañarlo a fundar dos instituciones en donde su inteligencia diera frutos importantes: en 1910 el Centro Universitario y en 1940 la Sociedad Peruana de Filosofía, de la que fuera su Presidente fundador. En este centro de cultura superior realizó Belaunde el milagro de lograr la convivencia de jóvenes y viejos, que debatían sus opuestas doctrinas filosóficas con serena comprensión y respeto mutuo inalterable.

Tal fue Víctor Andrés Belaunde. Diplomático, maestro, escritor, conferenciante, pensador y varón virtuoso y probo. Sus despojos mortales reposan en la tumba, pero el recuerdo del hombre bueno y superior que fuera en vida, no lo olvidará nunca el Perú.

